habriamos indicado, si no estubiésemos ciertos haber permitido Dios tal tempestad para refinar mas la virtud de sus siervos, y manifestar al mundo, de cuán admirable paciencia y heróica resignacion es capaz una alma fiel que solo en Él ha puesto toda su confianza. Por solo amor de la verdad hemos hablado, no por *odio ni desprecio á otras personas*. Nuestras palabras por lo mismo deben entenderse é interpretarse en el sentido de la caridad cristiana. Porque ciertamente el Illmo. Pedro Martinez fué movido por celo del honor de Dios, á causar aquellas molestias á los hijos de San Francisco, y sabido es que el celo como el amor, es *fuerte* como la *muerte*, por lo que bien puede suceder que alguna vez se haga esceder sin culpa de los límites en que quisiera contenerse, sin que ninguno pueda negar ser inconveniente; sino antes bien, acto de justicia oponerle una justa y honesta defensa.

CAPITULO XIV

LA NAVE DE S. FELIPE.

ANTES de continuar esta historia es conveniente hacer una digresion, no menos importante que necesaria. Algunos escritores poco instruidos, ó demasiado fáciles en juzgar las acciones de los santos, atribuyeron á los pobres franciscanos toda la causa de la persecucion, por haber prepicado públicamente la religion cristiana contra la absoluta prohibision de Taicosama. No gastaremos por cierto muchas palabras en probar este error, calumniando á esos generosos héroes de la fé. Porque lo primero, es un hecho histórico, que para ello tuvieron licencia del mismo emperador, que si en lo sucesivo cambió de parecer, solo provino de la malignidad de su corazon. La prueba no la presentaremos por sola la autoridad de los escritores franciscanos, y ni aun, lo que es mucho conceder, de S. Pedro Bautista y de sus compañeros, sino del testimonio de un ilustre contemporáneo. El P. Diego Oduardy de la santísima órden de predicadores, dignísimo Obispo despues, de la nueva Segovia, en cuyo cargo falleció con fama de santidad; el cual hablando

en la *Historia de la provincia del Santísimo Rosario de las Filipinas*, de nuestros mártires, como grande gloria de aquellas islas, se expresa en las palabras que al pié de la letra citamos: "Fueron al Japon los hijos del Seráfico Padre S. Francisco, que entraron en Japon el año de 1593, y habiéndolos recibido con grande amor el Tayco, grande emperador, les hizo particulares dádivas, y les dió licencia para edificar Iglesias; y luego sin mas causa que su natural inconstancia, y poca firmeza trocando el amor en odio, los mandó crucificar por predicadores del evangelio, habiéndoles él mismo dado poco antes licencia para que lo predicasen."

Pero aun supuesto que los franciscanos se hubiesen entregado á la predicacion del evangelio sin expresa licencia de Taicosama habria sin embargo obrado con juicio, habiendo sido animados desde el principio á intentar la empresa por el alto favor del príncipe, quien no solamente los acojió con muestra de grande alegría, sino lo que es mas, socorriéndolos con cuantos víveres necesitasen; admirado de la sencillez de su vida y del nuevo espectáculo de su absoluta pobreza, reputando por vil toda riqueza humana y hasta la mas pequeña moneda. Y seria por cierto, gran necedad afirmar que ignorase Taicosama su predicacion, comenzada casi en su misma corte, y proseguida por tres años que trascurrieron desde su entrada al Japon hasta estallar la persecucion, puede decirse á su misma vista. Taicosama, por cierto no residió en todo este tiempo en el el centro de la China, ó en alguna cueva de la isla Formosa, sino en Meaco y sus inmediaciones: ¿cómo podia pues, ignorar las grandes y publicas empresas de los franciscanos, la multitud de conversiones de gentiles á la religion de Cristo, los ejemplos magnánimos de caridad religiosa y social, especialmente despues de la fundacion de los hospitales, tan ámplios para contener solamente el de Meaco no menos que doscientos treinta enfermos? De todo era sabedor, y lejos de quejarse, se complacia en secreto, al grado de no atreverse ninguno (por temor de incurrir en su cólera, sabiendo ser su protector) á promover ninguna acusacion contra los frailes de Luzon, hasta pasados tres años.

¿Y no obstante esta admirable y aun prodigiosa tolerancia del príncipe, debian dejar los franciscanos de anunciar á aquellos pueblos bárbaros la palabra de vida eterna.? ¿No habian entrado allí á predicar el Evangelio. no hábrian muerto crucificados. Pero entonces ni la Iglesia de Dios

se gloriaria en venerar en los altares tantos millares de mártires, que no hubieran predicado la fé del Nazareno, sin primero obtener la licencia de los tiranos de la tierra, ni tampoco hubiera muerto á manos del verdugo en defensa de aquella fé divina que anunciaron.

Y esto los hacemos notar contra las muchas estravagancias del Señor Patricio Wittmann, conociendo su espíritu de partido, siempre nocibo á los verdaderos y universales intereses de la Iglesia Católica, y al mismo tiempo persuadidos de que el objeto de la historia, es dar razon de la verdad y generosas empresas; cualquiera que sea quien las hubiese obrado, el hábito que lleva y la condicion de vida que haya seguido.

Entre tanto veremos en este capítulo cuales fueron las causas, cuando menos remotas, de que Taicosama tanto se enfureciera contra la Religion Católica y los misioneros franciscanos. Pero conviene antes salir otra vez del Japon y bolver á Manila.

S. Felipe de Jesus

Vivia por este tiempo en el convento de Santa María de los Angeles de esa cuidad un jóven franciscano, llamado Fray Felipe de Jesus; que despues fué mártir, y su vida es la que sigue. Nació en la capital de México y fueron sus padres Doña María Martines y D. Alonso de las Casas, ambos de nobles é ilustres familias españolas, originaria la primera de Salamanca, y natural el segundo de la villa de Yescas del distrito de Toledo. Como primer fruto de su casta union, es indecible el afecto con que lo amaron sus padres y el cuidado que pusieron en encaminarlo desde sus principios en el recto sendero de la virtud. Empero, dotado naturalmente de un genio vivísimo y muy inclinado á los placeres y disipaciones de la vida, era considerado á los diez años de su edad, como el jóven mas caprichoso y emprendedor de México. Inútilmente procuraron sus padres, por medio de caricias, acaso demasiadas, sacarlo de aquel mal camino; mostrandose insensible á cuantas pruebas de ternura se le prodigaban. Queria el vagar continuamente, ya por una, ya por otra parte, reñir con cuantos niños no hacian su gusto, y no pocas ocasiones venir con ellos á las manos. En suma, el pequeño Felipe habia llegado á ser motivo de no poca afliccion á su madre, que muchas veces llegó á tener por su vida, viéndolo subir sobre altísimos árboles para buscar nidos de pájaros, ó correr por las orillas de profundo precipicios, persiguiendo á las mariposas. Sin embargo, Felipe era bueno de corazon y lleno de

aquellos dotes que hacen amable la juventud y capaz de sacrificio á un hombre, y no tardó en dar prueba de ello.

Presentósele un dia á la madre, que era la que parecia mas inquieta por su porvenir, manifestándole sus deseos de abandonar el mundo y tomar el hábito de San Francisco. Mas la buena señora, conociendo la índole de su hijo, sonrió á aquellas palabras. Pero Felipe, al ver aquella muestra de incredulidad y desvio, prosiguió en tono franco y resuelto: "¿Os reís? pues os repito que dentro de poco me vereis vestido de franciscano" La madre volvió á dar muestra de no creerlo; mas él cumplió la promesa, y en el mismo año de 1589 entró en los observantes descalzos de la provincia de San Diego, en el convento noviciado de Santa Bárbara de Puebla. Esta imprevista resolucion de Felipe, colmó de alegría el corazon de todos, especialmente de sus padres, y aun mucho mas el de la madre; pero muy pronto se convirtió en el mas fuerte dolor, porque no habiendo mejorado su vida con la mudanza de traje, á poco se rindió á la tentacion, y fastidiándose del claustro, despues de algunos meses de novicio salió de la Orden, volviendo á sus anteriores travesuras.

No es fácil decir cuánta fuera la pesadumbre de sus padres, pareciéndoles, con razon, que aquella inconstancia de su hijo hacia temer en lo futuro mayores desórdenes de su parte. Así es que, para apartarlo de las ocasiones próximas del pecado, que como siempre suele suceder, le venian de malos compañeros, su padre, de acuerdo con su afligida mujer, mandó á Felipe á Manila para dedicarlo al comercio, recomendándolo á algunas personas honradas de su conocimiento. Pero el hijo de Alfonso de las Casas, que era todavía aquel alegre jóven de antes, burlando á muy poco las esperanzas de sus amados padres y contrayendo nuevas amistades, solo pensó en entregarse á los goces de la vida en paseos y diversiones, aunque, á lo que parece de la historia, sin entregarse á aquellos vicios que degradan al hombre y destruyen la naturaleza. Dos años vivió tan desordenadamente, hasta que consumido el dinero de que lo habian provisto sus padres, muy presto se vió abandonado de sus falsos amigos; y el descarriado jóven juzgando desventura lo que acaso era designio de la Providencia, lloró amargamente aquel triste desengaño, y tal fué acaso el principio de su conversion; porque tocando

en fin, con la mano en cuantos errores caiga el hombre cuando se desvía de la virtud, volvió en si; y pidiendo humildemente perdon á Dios de su mala vida pasada, se decidió firmemente á llorar sus pecados con pronta y eficaz penitencia. Y para efectuar su santo propósito, ó mas bien movido interiormente del espíritu de Dios, se dirigió sin tardanza al convento de los franciscanos de Santa María de los Angeles de Manila, y con lágrimas y suspiros, pidió ser nuevamente vestido de aquel sagrado hábito de que con tanta ingratitud suya y dolor de sus padres, se habia desnudado en México. Convencidos los superiores de la vocacion de Felipe, fué admitido al noviciado, el que concluido loablemente, se estrechó con Dios en indisoluble lazos de amor, por la solemne profesion de los santos votos, á los veinte años de su edad, el dia 20 de Mayo del año de gracia de 1591.

Devuelto de este modo Felipe al instituto franciscano, se entregó á toda clase de mortificaciones, penitencias y ayunos, siendo en breve la admiracion, no solo de sus religiosos hermanos, sino de la ciudad entera. No contento con la multitud de ejercicios piadosos, propios de aquella austera familia Seráfica, cada dia confesaba, llorando y suspirando sus culpas pasadas á los piés del confesor y públicamente en el capítulo ó reunion de los religiosos. Destinado por los superiores al oficio de enfermero en el hospital de la ciudad, se aprovechó de aquella ocasion para desahogar mas su amor á Dios con todos aquellos ejercicios de obediencia, caridad y humildad, con que se adquirió el nombre del jóven santo. Vease de qué manera habla de él un testigo ocular.

"En la enfermería se mantenía dia y noche al lado de los enfermos, sirviéndolos con tanto amor, humildad y caridad, que parecia hallar en esto la mayor de sus delicias. Ni podia ser de otra suerte, porque miraba en ellos otros tantos ángeles del Paraíso, ó mas bien al mismo Jesucristo enfermo. Así es que, en su beneficio ponia en peligro su misma salud, porque lavarles los piés, curar sus llagas, ministrarles los alimentos y medicinas, era su ordinario entretenimiento.

Esta ardiente caridad, que suavizando los males del cuerpo daba una imágen del amor con que Dios ama á sus criaturas, le habrió el camino para mayor perfeccion de vida y mas sublimes vuelos de las celestiales contemplaciones, al grado de dejar confuso al V. Fray Francisco de

Montilla, varon de gran santidad y en otros tiempos su maestro, quien en los fervores de su espíritu solia reconvenirse haberse dejado avanzar tanto en el camino de la perfeccion por su santo jóven discípulo.

Entretanto, la noticia de la conversion de Felipe y su fama de santidad que por todas partes se dijo un dia, habia llegado á México á los oidos de sus amados padres, que fueron llenos de tal alegria, cual no puede espresarse; bastará saber, que tan fuerte fué el deseo de su corazon de volver á ver y abrazar á su querido hijo vestido con el pobre sayal del Seráfico Padre, que con lágrimas solicitaron su vuelta del R. P. comisario general de la Orden de San Francisco de la Nueva España; quien para satisfacer tan piadosos é inocentes deseos, escribió en el acto al provincial de Manila, rogándole le remitiese á México á Fr. Felipe de Jesus, entre otros motivos, para ser ordenado de sacerdote en esta ciudad, por estar en sede vacante el obispado de las Filipinas. De aquí fué, que el 12 de Julio de 1596, el jóven las Casas, en compañía de dos religiosos agustinos, de un dominico y del V. Fr. Juan Pobre ó Zamora, franciscano bien conocido de nuestros lectores, se embarcaron en una nave española titulada San Felipe, mandada por el capitan general D. Matías Landecho; la que de órden del virey de Luzon D. Luis Perez de las Marinas, debia hacerse á la vela del puerto de Cabite para el de Acapulco.

Tuvieron por algunos dias vientos propicios; pero llegando á alta mar, á mas de los 33 grados de altura, fueron sorprendidos de tan terrible tempestad, que en juicio de los aterrorizados navegantes, de otra igual no se habia tenido noticia hasta entonces; y aunque á poco calmó, se presentó mas horroroza en la noche del 18 de Setiembre, sobreponiéndose á toda la pericia y valor de los marineros; porque rotas las entenas, destrozadas las velas y arrancado el trinquete, la desdichada nave arrastrada por el furor de las olas y en pésimo estado de la proa á la popa, se vió en punto de perderse. ¿Y quién podrá referir los gritos de los marineros, los gemidos, suspiros y lamentos de los navegantes? Todos, pero mas especialmente los religiosos, postrados en el suelo, clamaban á Dios en esa vez, única áncora de salvacion. Y entonces fué cuando el jóven Felipe de las Casas, se dió á ver por aquella parte del cielo que miraba al Japon, una cruz blanquísima, rodeada de una brillante

aureola de luz, la que despues de un cuarto de hora tomó un color de sangre, y últimamente envuelta en una nube oscura, desapareció de sus ojos. Su forma era la misma que aquellas sobre que despues fueron crucificados los mártires del Japon: el mismo espectáculo se presentó á los otros navegantes, que quedaron sorprendidos á su vista. Todos esclamaron al milagro, y Felipe, conociendo por divina inspiracion que aquello era el significativo presagio del porvenir, consoló á sus afligidos compañeros de viage, diciéndoles tuvieseu ánimo, porque la nave lejos de perderse, arrivaria muy pronto á las costas del Japon. Y así fué; despues de varios dias de tempestuosa navegacion, y pasados mil peligros y trabajos, se hallaron á la vista del puerto de Tosa en el reino de Urando, donde abordaron el 20 de Octubre.

Ya habia entrado la noche cuando los fatigados navegantes, despues de tantas calamidades, recibieron generosa acogida del virey del lugar; quien habiéndolos proveído de refrescos y manjares, y asegurándoles que nada tenian que temer en aquellas tierras en virtud de la paz recientemente concluida entre el Japon y la Isla de Luzon, permitió al capitan D. Matías Landecho, desembarcar cuanto habia á bordo en la nave de San Felipe; como en efecto se hizo el dia siguiente. Por desgracia, no obstante, la nave estaba armada á guerra y cargada de toda clase de riquezas; por lo cual, entrando el virey en grandes sospechas, y estimulado de la codicia de un gran botin, meditó una traicion que á muy poco debia ser causa de la mas fiera persecucion contra los cristianos, y para asegurar mejor su pérfida trama, continuó en mostrarse benévolo á los españoles, dándoles hospedaje en un cuartel nombrado *Camarate*, y llamando á D. Matías Landecho, le manifestó con semblante amistoso, el deseo que tenia de que para captarse mas el favor de Taicosama, le enviase algunos dones por conducto de uno de sus españoles. Convino de buena voluntad el general, y preparando algunas piezas de seda y muchas piedras preciosas, mandó á Osaca á saludar de su parte al emperador y presentarle aquellos regalos, á D. Antonio Malaver y Cristóbal Mercado, oficiales distinguidos de su marina, acompañados de Fray Juan Tamayo, insigne y docto agustino, de los dos franciscanos, Juan Pobre y Felipe de las Casas, destinado el primero en el oficio de intérprete y el segundo para dirigirse á Meaco y ponerse á disposicion de San Pedro Bautista, por

entonces su inmediato superior, perdida ya la esperanza de poderse dirigir á México. Llegados, pues, á Osaca, recibidos en el convento franciscano de Belen, hallaron allí al Santo comisario, quien si quedó bastante aflijido por las desgracias ocurridas en el mar á la nave de San Felipe, se alegró con todo por haber adquirido aquellos dos nuevos hijos, que dispuso en lo pronto permaneciesen en Osaca en compañía del santo presidente Martin de la Ascencion. Y para concluir aquí lo relativo de la vida de San Felipe de las Casas, añadiremos, que despues de algunos dias que se detuvo en el dicho convento de Belen, que honró con la santidad de su vida, llamado por Pedro Bautista á Meaco, junto con el Santo niño Tómas Cosaqui Tercero, vivió en esa ciudad en continuos ejercicios de piedad y trabajos apostólicos hasta el dia de su prision.

Debe pues, saberse, que D. Antonio de Malaver y Cristóbal Mercado, de comun acuerdo con el citado P. Tamayo, conociendo que San Pedro Bautista era el primer representante de las Islas Filipinas en el Japon, le consiguieron los despachos del virey de Urando y los dones del capitan D. Matías Landecho, rogándole que él mismo los hiciese llegar á manos del emperador. Pero como éste se dispusiera en esos momentos para marchar á Fugimi, ordinario lugar de su residencia, no pudiendo abocarse con él en Osaca, se adelantó con los españoles á aquella ciudad, á la que habiendo llegado el Santo comisario, bien habria querido valerse de Guenifoin, gobernador de Meaco, muy amigo de los franciscanos; pero advertido igualmente de no separarse un punto de lo que habia dispuesto el virey de Urando, es decir que las cartas se entregaran al gobernador Gibongio, que igualmente acompañaba á Taicosama, se dirigió á él inmediatamente. Pero, temeroso acaso Pedro Bautista de alguna intriga en aquella disposicion de que se le entregasen á este último gobernador las cartas junto con los regalos remitidos del puerto de Tosa, no dejó de recomendarle eficazmente la nave de San Felipe, manifestándole con franqueza que ese negocio en nada podia perjudicar á los españoles, en virtud del tratado del libre comercio concluido entre las Islas Filipinas y el Japon, presentándole al efecto una copia para que quedase mas persuadido. Gibongio, fingiendo amistad, le contestó que nada habia que temer en el particular, porque conociendo bastante la nobleza y lealtad del emperador que tan amistosamente se habia estrechado con el

virey de Luzon, estaba cierto que no faltaria á la palabra dada y mucho menos causaria molestia alguna á los españoles. Así es que estuviera tranquilo y se dirigiese con los enviados á Meaco, esperando allí la respuesta que no podia dejar de ser favorable, porque él sabria disponer las cosas con el emperador en su beneficio. Con tales palabras quedó plenamente satisfecho Pedro Bautista, y tranquilizados tambien Antonio Malaver y Cristóbal Mercado, los cuales últimamente perdieron todo temor, habiendo mandado Taicosama pocos dias despues, quienes los saludasen á su nombre y les diese la bienvenida á su tierra.

Pero todas eran ficciones y nada mas, porque despues de la partida de D. Antonio Malaver y compañeros á Osaca, el pérfido virey reduciendo á prision al capitan D. Matías Landecho, á sus soldados y á los diversos religiosos que con él viajaban, se apoderó de todos sus bienes, y dirigió á Taicosama un correo con la carta siguiente:

"Señor: vientos contrarios han arrojado á este punto de Urando una nave española partida de Luzon, muy maltratada de la tempestad, pero por nuestra buena fortuna llena de inmensas riquezas y de tales preciosidades, que me han dejado sumamente admirado. Pero lo que mas me aumentó mi sorpresa fué verla armada de guerra con mucha artillería, armas de todas clases, muchas municiones y otros efectos militares. Habia tambien á bordo muchos soldados, conducidos ciertamente por su general en contra nuestra. Y esto lo prueba la presencia de siete frailes, igualmente españoles, de quienes se dice se vale su rey para subyugar los países enemigos; y en efecto ellos fueron los que conquistaron la Nueva España y el Perú. ¿Y lo qué allí ha pasado, no puede suceder tambein al Japon? Señor, estos frailes, so pretesto de predicar su ley, trabajan siempre contra aquellos reinos donde moran; y esta es la razon que los hace atravesar mares desconocidos sobre naves españolas. Y supuesto que las leyes del país os dan derecho de apropiaros los bienes de la dicha nave, no dejeis perder tantos y tan preciosos tesoros reunidos tal vez contra el Japon. De todos modos os noticio, que por medio de mis guardias tengo asegurado al capitan general, á sus soldados y á todo el cargamento: Quedo por lo tanto esperando vuestra última resolucion."

Entretanto, San Pedro Bautista, el P. Tamayo y los dos oficiales españoles, que no obstante el consejo de Gibongio de dirigirse á Meaco,

habian permanecido en Fugimi, aguardaron por dos dias la repuesta del emperador, la que habiendo llegado finalmente, les decia el dicho gobernador que Taicosama habia mudado su parecer, y que estando grandemente airado con el capitan D. Matías Landecho, les esperaba solamente á que llegasen personalmente á saludarlo. Por lo mismo, en lugar de recibir los regalos, habia dado órden espresa para que dentro de cuarenta y ocho horas regresaran al punto de Tosa y aguardasen allí su última resolucion, que era de esperar mudaria, pues él de su parte no dejaria de insinuarle medidas mas suaves.

Fácil es de entender el terror de los tres españoles á tan inesperada intimacion. Pero siendo preciso obedecer, San Pedro Bautista, para hacerles menos insoportable tal desventura, hizo venir al V. Fray Juan Pobre, para que los acompañase él mismo á Urando; á lo que prestándose el caritativo laico, y tomando por guia un fervoroso cristiano japon, muy animado por el santo comisario, tomaron el camino para Osaca, donde llegados y amorosamente hospedados en el pequeño convento de franciscanos de Belen, allí tuvieron muy pronto otro dolor, porque San Martin de Aguirre presidente del convento, les advirtió que no se fiasen nada de las palabras del gobernador Gibongio, el cual en compañía del capitan de las guardias imperiales y de muchos hombres armados, habian partido para Urando de órden de Taicosama, con el fin de confiscar la nave de San Felipe, y hacer prisionera la gente española. Oido esto por Fray Juan Pobre, en el acto partió con sus compañeros para Sacay, donde apenas llegados, se hicieron á la vela en una nave que partia al punto de Tosa, donde desembarcaron, despues de una navegacion de muchos dias, entre infinitos peligros y trabajos de todo género. Grande fué el contento de los afligidos españoles por aquella repentina venida, porque aun no se habia presentado el Gobernador Gibongio, que sinembargo no se hizo esperar mucho, arrivando al dia siguiente.

Las palabras del Santo Fr. Martin se cumplieron á la letra; porque el pérfido gobernador, abocándose desde luego con el virey de Urando, cómplice del delito, secuestró en el acto todas las riquezas de la nave, grandemente maravillado á la vista, sobre todo, de las armas y artillería de los españoles. Llamados estos en seguida á su presencia, y preguntados si era verdad que el rey de España dominase en Europa, en Rusia y

en América, y que antes de conquistar tierras enemigas mandara á todas estas espediciones misioneros, especialmente franciscanos, á predicar la religion cristiana, ocurrió que un piloto, no previendo el engaño, respondiera que sí. Esta confesion hizo entrar en fuertes sospechas á Gibongio, quien haciendo anotar sus nombres y despojándolos de sus haciendas, mandó que se les pusiesen guardas; lo que hizo creer á todos que su destino era morir en aquellas bárbaras tierras. Y no fué ciertamente de corto alivio á aquellos miserables, tener en su compañía á tres sacerdotes, que como se ha dicho, dos eran agustinos y uno domínico y al intrépido y valeroso Fr. Juan Pobre, franciscano, quien como su estado de lego le impidiese hacer otra cosa en su provecho espiritual, levantando en alto un crucifijo, comenzó á confortarles á sufrir con paciencia aquella tribulacion á vista de ese Dios, que por rescatar el decaido linaje de Adan, se habia ofrecido víctima de propiciacion muriendo por todos en la cruz. Pero por fortuna suya terminó su quebranto, luego que oyeron que no se trataba de su vida sino de la pérdida de todos sus bienes: Y así se verificó, no valiendo de nada las reclamaciones del capitan general D. Matías, las lágrimas de los miserables náufragos, ni las quejas del V. Juan Pobre, que manifestando francamente los capítulos de la paz celebrada entre el Japon y la isla de Luzon, tuvo el valor de lamentarse enérgicamente con Gibongio de aquel acto, como de la mas negra traicion. Pero nada valió, porque á principios de Diciembre de 1596, cuanto se encontró á bordo de la nave española fué embarcado de su órden para ser conducido á Meaco.

En estas circunstancias el capitan D. Matías Landecho, obtenido el permiso del gobernador, aunque no sin haber sufrido antes multitud de insultos y tribulaciones, se decidió á pasar en persona en compañía de varios españoles, del P. Diego de Guevara, agustino, y del franciscano Fr. Juan Pobre, á presentarse inmediatamente al emperador Taicosama; á cuyo fin se embarcó de nuevo á Osaca, á donde no pudo arrivar hasta despues de veinte dias de tempestuosa y peligrosísima navegacion. Pero cuando se vieron dentro de la ciudad, todas las esperanzas que habian concebido al dar aquel paso, desaparecieron enteramente convirtiéndose en profundo dolor, porque el virey de Urando que habia llegado antes que ellos á Osaca en compañía de Gibongio, habia dado cuenta de todo

al emperador, quien lejos de secundar los deseos del santo comisario Pedro Bautista, los ruegos de los españoles, los esfuerzos del gobernador Guenifoin y las diligencias del obispo Pedro Martinez, tenia dada ya órden, cemo diremos en el capítulo siguiente, de que se arrestasen en sus propios conventos los franciscanos y los misioneros de la Compañía de Jesus, por lo cual, apenas tuvieron el consuelo de poder hablar con el santo Fr. Martin de Aguirre presidente del pequeño convento de Belen, que se hallaba escoltado por numerosos soldados.

Nada diremos aquí de los dolorosos clamores del capitan D. Matías Landecho, del P. Diego de Guevara y demas españoles á tan inesperada noticia, y pasaremos por alto referir los prolongados lamentos del V. Juan Pobre; muchas cosas nos quedan que decir de él en lo restante de esta historia; por lo cual dando por ahora punto á su vida, solamente diremos, que habiendo por último, los españoles conseguido del emperador poderse á lo menos embarcar para volverse á Luzon junto con los compañeros que habian dejado en el puerto de Tosa, no tuvo ánimo el buen hermano para abandonarlos en tan dilatado viaje, sino quiso servirles nuevamente de guia, hasta que despues de sufrir increibles trabajos por tierra y mar, llegado á Nagasachi, lugar destinado al embarque, allí se mantuvo escondido por montes y cuevas, con el firme propósito de reunirse á su tiempo á sus hermanos y participar con ellos de su última suerte. Volvaoms ahora á San Pedro Bautista.